

fatiga, son dejados en el hospital de expósitos. Por lo demás, en aquella casa de dolor hay tantos rusos como franceses; los cirujanos que han curado á unos y otros con igual cuidado y una filantropía que no distingue de naciones, y para quienes los hombres son hombres, se quedarán con ellos.

De pronto el cañón —que, por otra parte, no ha dejado de retumbar en un punto ú otro— truena más próximo á Moscou.

El emperador, que pasa en el patio del Kremlin la revista de la división de Ney, oye el fúnebre eco, pero hace semblante de no haber oído nada; y por la noche, viendo que nadie se atreve á anunciarle la terrible noticia, Duroc se resuelve. Entra en la habitación del emperador y le dice que Kutusoff ha atacado á Murat en Voronovo, ha envuelto la izquierda del rey de Nápoles, le ha cortado la retirada, le ha tomado doce cañones, veinte cajones, treinta furgones, le ha muerto dos generales y puesto fuera de combate cuatro mil hombres; el mismo rey de Nápoles ha sido herido, obrando verdaderos milagros para restablecer la batalla, que, gracias á Poniatowsky, Claparède y Latour-Maubourg, sólo se ha perdido á medias.

Era lo que esperaba Napoleón; faltábale un pretexto para abandonar Moscou, y había encontrado el pretexto.

Era preciso castigar á Kutusoff.

Durante la noche del 18, el ejército se puso en movimiento para Voronovo, y el día siguiente 19, el emperador dejó la ciudad santa, y, extendiendo la mano hacia Kaluga, dijo: —¡Ay de los que se encuentren en mi camino!

Habíamos permanecido treinta y cinco días en Moscou; salíamos con ciento cuarenta y cinco mil hombres, cincuenta mil caballos, quinientos cañones, dos mil carros de artillería, cuatro mil cajones, calesas, coches y carretas de toda especie.

Cuatro días después, en la noche del 22 al 23 de octubre, hacia la una de la madrugada, aun cuando el ejército estaba ya tres etapas lejos de Moscou, conmovió el aire una violenta explosión, y el suelo tembló como por un terremoto.

Los que velaban alrededor del emperador se levantaron sobresaltados, llenos de espanto, preguntándose qué podía haber causado semejante conmoción.

Duroc entró en el cuarto del emperador, que se había echado vestido en cama.

El emperador no dormía, y, al ruido que hizo al entrar el gran mariscal, volvió la cabeza.

—¿Habéis oído, señor?

—Sí,—respondió Napoleón.

—Y ¿qué pensáis?

—No es nada; es el Kremlin que salta.

Y volvió la cabeza de cara á la pared.

Duroc salió.

XIII

Á paso ordinario

Era el 19 de noviembre, un mes justo después de la salida de Moscou.

Una columna francesa, tuerte de unos cuatro ó cinco mil hombres, arrastrando consigo una docena de cañones, se extendía como una larga faja negra, á una jornada hacia acá de Smolensko, entre Korytnia y Krasnoi.

Trescientos soldados de caballería marchaban á los lados de la columna.

Esos soldados de caballería, recogidos en Smolensko, pertenecían á todas las armas; sólo por un esfuerzo de valor se habían reunido y puéstose en camino. Nadie sabía lo que se había hecho de su regimiento, ni de los cuerpos de ejército de que formaban parte. ¿Qué había sido de ellos? Lo que sería, en la próxima primavera, aquella nieve que pisaban.

Efectivamente: en el instante en que divisamos aquellos desdichados restos de uno de los más hermosos cuerpos de ejército, Napoleón, que los precedía de tres jornadas de marcha, acababa de entrar en Orcha con seis mil hombres de la vieja guardia, resto de treinta y cinco mil; Eugenio, con mil ochocientos soldados, resto de cuarenta y dos mil; Davoust, con cuatro mil combatientes, resto de setenta mil. Aquello era lo que Napoleón —andando á pie con un bastón en la mano para dar ejemplo de valor y paciencia— se obstinaba en llamar el *grande ejército*...

Al salir de Smolensko, el 14 de noviembre, el emperador resolvió que el príncipe Eugenio y los mariscales Davoust y Ney saliesen sucesivamente detrás de él: Eugenio el primero, Davoust el segundo y Ney el tercero. Mandó, además, que transcurriese un día de intervalo de una en

otra marcha. De consiguiente, habiendo partido él el 14, Eugenio partió el 15; Davoust el 16, y Ney el 17.

Mandó á este último que aserrara los muñones de las piezas de artillería que abandonara; que destruyese todas las municiones; que mandase por delante la impedimenta del ejército, y que hiciera saltar por sus cuatro costados las fortificaciones de la ciudad.

Ney ejecutó religiosamente dichas órdenes; luego, á su vez, emprendió aquel camino, ya tan estropeado por los tres ejércitos que precedían al suyo. Verdad es que ya no eran ejércitos aquellos seis mil guardias de Napoleón, aquellos mil ochocientos soldados de Eugenio, ni aquellos cuatro mil combatientes de Davoust; pero eran hombres hambrientos por treinta y un días de retirada á través de la nieve y el desierto, sin guardar más disciplina que la que creía necesaria á su conservación personal.

Era, pues, el resto de las cuatro divisiones mandadas por Ney al principiar la campaña, reducidas, según hemos dicho, á cuatro ó cinco mil bayonetas y á dos ó trescientos caballos, el que avanzaba entre Korytnia y Krasnoi.

De pronto, los pocos guerrilleros que iban de descubierta, se detuvieron mirando al suelo; Ney corrió hacia ellos y reconoció las huellas recientes de un campo de batalla; la nieve cubierta de sangre, sembrada de armas rotas, de cadáveres mutilados; los muertos, en largas hileras, marcaban las filas que ocupaban en vida.

A un cierto punto, uno de los caballeros, que bajo una piel de oso ocultaba los restos de un uniforme de oficial de cazadores de la guardia, saltó á tierra.

—¡Oh!—murmuró.—¡Es el cuerpo de ejército del príncipe Eugenio el que ha combatido aquí! Mirad las chapas de los schakos destrozados; los números de sus regimientos.

Y siguió con ansiedad las largas hileras de muertos, tendidos como las espigas al borde de un surco; pero son inútiles las pesquisas: ¡los muertos son á millares! Por otra parte, viene la noche y hay que reanudar el camino.

El combate ha tenido lugar, sin duda, entre la noche y la madrugada últimas, porque ningún herido responde á los gritos de los recién llegados, para hacer abrir los ojos de los que no los hayan cerrado para siempre. La noche ha transcurrido sobre el campo de batalla, y con los treinta grados de frío que hace, la noche, sin fuego, es mortal. Así es que todo permanece silencioso en aquella superficie, de una ó dos leguas, sembrada de cadáveres.

Al menos, la fúnebre huella indicaba el camino que había que seguir: siguiéronlo dos horas aún, y se detuvieron.

Había que pasar la noche, vivaquear, encender fogatas.

Aquel alto era cada noche una cosa terrible; todos erraban al azar, buscando alguna cabaña que demoler, algunos víveres que merodear. Muchos eran los que partían, y no sin sorpresa eran pocos los que volvían: el frío mataba á los unos, la lanza de los cosacos á los demás, y algunos caían prisioneros.

Aquella noche no hubo necesidad de largas correrías: un bosque de pinos daba la leña, los caballos muertos la carne; habían salido de Smolensko la víspera y quedaba pan todavía.

El oficial que hemos visto apearse y buscar entre los muertos, fué uno de los primeros en volver al campo de batalla; pero desde que lo habían atravesado, una manada de lobos se había acercado con la noche, y fué preciso echarlos.

Por fortuna, los animales carniceros prefieren la carne de hombre á la de los animales: los caballos, pues, estaban casi intactos, y proporcionarán abundante pasto á la tropa que seguimos.

Encendiéronse las fogatas, colocáronse centinelas, y aparte los aullidos de los lobos, la noche transcurrió bastante tranquila.

El día siguiente, al amanecer, el mariscal dió la señal de marcha; alma de fuego en un cuerpo de acero, era siempre el último en acostarse y el primero en ponerse de pie.

Como de costumbre, algunos centenares de hombres quedaron tendidos alrededor de los fuegos, mal extinguidos y humeantes: llegaban, durante el sueño, á tan alto grado de entorpecimiento, poniéndolos tan cercanos á la muerte, que en el momento de despertar consideraban más breve y menos doloroso entregarse definitivamente á ella que volver á la vida.

Pusiéronse en marcha; había nevado durante la noche, y nevaba todavía; andaban al azar, con una brújula, volviendo la espalda al norte, por un océano de hielo. Al frente de la columna iban Ney, el general Ricard y otros dos ó tres oficiales generales precedidos por hombres, no formando vanguardia, sino desbandados y con más prisa de llegar que los otros.

Un movimiento singular concentra las miradas de Ney: los hombres que le preceden se detienen súbitamente, se

agrupan azorados, y los más lejanos empiezan á retroceder hacia los que les seguían. Ney pone su caballo al galope, les pregunta qué pasa, y á través de un claro de la nieve, que por un momento cae menos espesa, muestran á su general las montañas que les rodean, completamente negras de rusos.

Han caído de lleno en el flanco del ejército de Kutusoff; esto es, entre los ochenta mil hombres que persiguen á Napoleón! No los han visto, porque nieva y andan todos con la cabeza baja; pero aquéllos, desde las alturas en que están, hace una hora siguen con la mirada á la pequeña columna, que viene imprudentemente á entregarse ella misma.

Ney manda preparar las armas.

En aquel momento ven destacar á un oficial envuelto en un capote; se dirige directamente á los franceses. Es un parlamentario. Le esperan...

A cincuenta pasos de las primeras filas, levanta y agita su sombrero: no sólo es un parlamentario, sino también un francés.

Mientras recorre las filas esta frase: «¡Un francés!... ¡un francés!», el oficial de cazadores que ha reconocido los cadáveres del último campo de batalla que han atravesado, porque pertenecía al ejército del príncipe Eugenio, se adelanta, salta del caballo y se echa en los brazos del parlamentario. —Pablo!... —¡Luis!... —¡Hermano mío!...

Y aquellos hombres, que, cada cual por su lado, se habían buscado por entre los muertos, dan gracias á Dios con un abrazo fraternal al encontrarse vivos.

Durante aquella escena, los más próximos se acercaron á ellos y les rodearon.

El joven oficial procedente de las alturas explica entonces su misión: es ayudante del príncipe Eugenio, y ha sido preso en la misma batalla que ha dejado tan bien alineados los muertos y cuyo teatro atravesaron la víspera; el viejo feldmariscal ruso ha reconocido á Ney, y le ha hecho proponer la rendición. —Y ¿sois vos, un francés, el encargado de esta misión?—dijo Ney al joven.

—Esperad, señor mariscal, y dejadme terminar. En primer lugar, voy á repetir las palabras del feldmariscal, y después añadiré las mías. Me ha dicho que no se atrevería á hacer tal proposición á tan gran general, á un guerrero tan renombrado, si quedara á este enemigo á quien honra una sola esperanza de salvación; pero tiene en

frente ochenta mil hombres y cien piezas de artillería, y le envía un prisionero francés, pensando que la palabra de éste hallará más crédito que la palabra de un oficial ruso.

—Está bien,—respondió Ney;—habéis hablado por los rusos; hablad, ahora, por vos.

—Hablando por mí, señor mariscal, he de decir que ayer mañana se hizo la misma proposición al príncipe Eugenio, y el príncipe Eugenio respondió cargando á la bayoneta con seis mil hombres á los ochenta mil.

—¡En buena hora!—dijo Ney.—Empezáis á hablar francés.

—Si tuviéramos que luchar contra Miloradovitch, yo ós diría: «¡Estamos perdidos! ¡Muramos juntos!» Pero hemos de luchar contra Kutusoff; perderemos la cuarta parte, la mitad de los hombres, pero pasaremos.

—Pues bien: volved á Kutusoff y decidle lo que le debíais decir en seguida: que un mariscal de Francia se hace matar, pero no se rinde.

—¡Oh! Ya se lo he dicho,—respondió simplemente el oficial.

Luego, volviéndose á su hermano: —¡Ahora, Pablo,—dijo,—un arma cualquiera! Que pueda, al menos, en medio de la batalla, desembarazarme de los que me guarden y alcanzaros.

El oficial de cazadores sacó de debajo la piel de oso un largo puñal de Tula de hoja persa, con empuñadura damasquinada de oro, y, entregándola á su hermano:

—Toma,—dijo.—¡Te espero!

El joven ayudante saludó al mariscal y se dirigió hacia los rusos.

Entonces Ney aprovechó aquel momento de tregua para reunir á todos sus hombres.

De una parte, ochenta mil rusos, con los batallones completos, una soberbia caballería, una artillería formidable, y, en fin, lo que vale más que todo, la superioridad de la posición; de la otra, cinco mil soldados de todas armas, una columna perdida en el desierto, hombres mutilados, enfermizos, muertos de frío y de hambre.

¡No importa! ¡Los cinco mil hombres atacarán á los ochenta mil!

Ney da la señal.

Pónense al frente mil quinientos hombres de la división Ricard; el general Ricard y sus mil quinientos hombres abrirán el camino; Ney y el resto del ejército le seguirán.

Apenas Ricard da el primer paso contra los rusos, todas aquellas colinas, un momento antes frías y silenciosas, truenan y se inflaman como otros tantos volcanes. Ricard y sus mil quinientos hombres ascienden, bajo aquel fuego, la colina que tienen enfrente; hallan un barranco, donde se hunden hasta el cuello en la nieve; lo atraviesan y van á chocar contra la línea rusa, que les hace retroceder, quebrantados, hasta el barranco.

Pero Ney ya está con ellos; Ney los reúne, los vuelve á formar, y avanza á su frente, ordenando á cuatrocientos ilirios, entre los cuales se echa el oficial de cazadores, que ataque de flanco al ejército enemigo.

Esto parece casi insensato, ¿verdad? ¡Cuatrocientos hombres atacar por el flanco á ochenta mill! ¡Un hombre atacando á doscientos!

Así sucedía, no obstante, en aquel tiempo de guerras heroicas.

Con sus tres mil hombres, Ney sube al asalto de aquella ciudadela viviente, y, con sus cuatrocientos ilirios, el capitán Pablo Richard ataca el ejército por el flanco.

Ney no arenga á sus soldados: no ha dicho una palabra; se ha puesto al frente y ¡en marcha! Todos le han seguido.

La primera línea es atacada á la bayoneta y derrotada.

La segunda dista unos doscientos pasos.

—¡Adelante!—grita Ney.

Pero en el momento en que van á alcanzar la segunda línea, treinta piezas de artillería truenan contra ambos flancos; la columna, rota en tres pedazos como una serpiente, revuélvese y se echa atrás, arrastrando con ella á su mariscal.

¡Se ha intentado un imposible!

—¡Atrás, al paso ordinario!—grita el mariscal.

—¡Oís, soldados!—grita á su vez el general Ricard.—El mariscal ha dicho: «¡Al paso ordinario!»

Y aquellos hombres retroceden al paso ordinario, atraviesan el barranco al paso ordinario, y vuelven á hallarse, andando siempre al paso ordinario, en el sitio de donde habían salido —sólo que salieron cinco mil y han vuelto dos mil—.

Pero, en cambio, descienden de la montaña los cuatrocientos ilirios, más numerosos de los que habían partido: han encontrado una columna rusa de cinco mil hombres, que conducía trescientos prisioneros franceses, alemanes y polacos; se precipitaron sobre la columna, atacándola con

el furor de la desesperación; y al cabo de un instante de lucha, la columna ha dado un paso atrás, los prisioneros han sido libertados, y los hermanos Pablo y Luis Richard se han hallado uno en brazos del otro.

Entonces advierten que Ney y sus dos mil hombres retroceden en formación, bajo el fuego de la artillería de Kutusoff. Fallido el movimiento contra el centro, el capitán Pablo Richard da orden de reunirse con la columna del mariscal.

¿Qué se va á hacer? ¿Formar el cuadrado y morir!

Pero llegan los prisioneros que conocen á Kutusoff: Kutusoff, que ha dejado pasar á Napoleón y que ha dejado pasar á Eugenio, dejará pasar á Ney; no hay más que dar un rodeo. Kutusoff no persigue: confía en el invierno de su país; el invierno, según él, es un enemigo más rápido y seguro que la bala de cañón. «El invierno,—dice,—es mi general en jefe; yo soy su lugarteniente.»

En aquel momento, como para secundar la retirada, empezó á caer nieve otra vez.

Ney reflexionó un instante, y dió la orden de retroceder hacia Smolensko.

Todos quedaron mudos, perplejos; ¡regresaban hacia el norte, retrocedían hacia el frío, volvían la espalda á Napoleón!

—¡Hacia Smolensko y al paso ordinario!—repitió Ney.

Compréndese que la orden encierra un plan, tal vez la salvación de la columna. Reorganizanse las filas, y emprenden la marcha bajo la metralla de cincuenta piezas de artillería, pero bajo la metralla solamente.

En efecto: la predicción de los prisioneros se cumple: Kutusoff, el Fabiö escandinavo, se ha quedado en sus colinas. ¡Si un solo cuerpo ruso hubiese bajado de sus alturas al llano para atacar á los dos mil hombres, todo hubiera terminado! Ninguno se atrevió á moverse de su sitio sin orden del general en jefe.

Pero la artillería tronaba, y la metralla llovía sobre aquel pobre jirón de ejército, casi tan espesa como la nieve, que obligaba á los artilleros á apuntar al azar. Los muertos caían, y se tendían con la rigidez de los cadáveres; los heridos caían también, volviendo á levantarse, á caer, intentaban incorporarse, caían otra vez, se estremecían; luego, poco á poco, la nieve hacía por ellos lo que había hecho por los muertos: los cubría con el inmenso

sudario que tejía el invierno ruso para enterrar el orgullo de Francia

De trecho en trecho, el camino iba sembrándose de pequeñas eminencias que, encarnadas al principio, se blanqueaban poco á poco: aquellas eminencias eran los cadáveres del ejército.

En medio de aquella marcha, cegados á un tiempo por los metrallazos y por la nieve, fueron á chocar contra una masa negra y espesa: era otra columna rusa. —¡Altol! ¿Quién sois?—gritó el general que mandaba aquella columna. —¡Fuegol!—dijo el mariscal.

—Silencio!—exclamó un prisionero polaco recién libertado.

Y, adelantándose:

—¿No nos reconocéis?—dijo en ruso —Somos del cuerpo de Uvaroff, y estamos envolviendo á los franceses, que están encerrados en el barranco.

El general ruso se contentó con la respuesta y dejó pasar —tanta era la obscuridad que proyectaba la nieve y tan grande el desorden que producía aquella metralla—, y dejó pasar á la columna francesa, que no hizo alto hasta dos leguas de allí, en el campo de batalla del príncipe Eugenio.

Sólo entonces se halló fuera del alcance de los cañones rusos y de la vista del mariscal.

XIV

La confesión

Entre los heridos que quedaron rezagados había el capitán Pablo Richard: un casco de metralla le había roto el muslo, matando al propio tiempo el caballo. En medio del desorden, había caído sin que su hermano lo notara; pero del mismo modo que de minuto en minuto los ojos de Pablo buscaban á Luis, también de minuto en minuto los ojos de Luis buscaban á Pablo. Luis advirtió bien pronto que su hermano no estaba allí y se informó: un alemán le había visto caer con su caballo.

Luis andaba á pie, y se volvió corriendo hacia atrás, llamando á Pablo con todas sus fuerzas.

Una voz le respondió.

En medio de la densa nevada que caía, se encaminó

